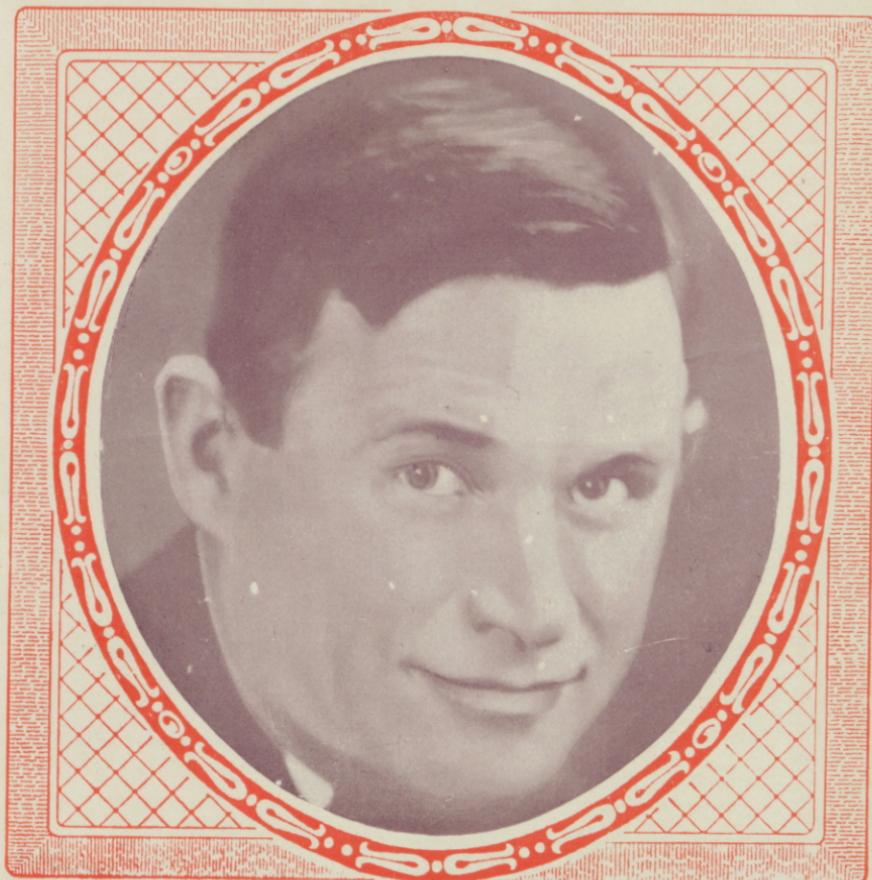


TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



WILL ROGERS

CUADERNO N° 58

35 CTS

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

WILLIAM ROGERS

POR

MIGUEL GARCÍA ACLUÑA

EL REY DEL LAZO ::

UN COW-BOY QUE TRIUN-

FA EN EL CINE :: :: ::



través de estas páginas, como un centauro de leyenda, pasará velozmente este artista de la vida ruda, galopando en su caballo pinto, de pobre lámina, pero de remos membrudos y ágiles, que lo mismo galopan por los caminos llanos que trepan por las montañas más escarpadas.

Will Rogers es el rival de Tom Mix y de William S. Hart, esos dos «ases» de la película americana que retrata la vida semi-salvaje del Oeste.

Tiene, como ellos, la seguridad en la equitación, esa seguridad que a nosotros los europeos nos asombra y nos asusta, y que nace de la costumbre de domar potros, que tan extendida está en toda la América donde extienden su manto verdoso las praderas inmensas.

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

WILLIAM ROGERS

POR

MIGUEL GARCÍA ACUÑA

EL REY DEL LAZO ::

UN COW-BOY QUE TRIUN-

FA EN EL CINE :: ::



través de estas páginas, como un centauro de leyenda, pasará velozmente este artista de la vida ruda, galopando en su caballo pinto, de pobre lámina, pero de remos membrudos y ágiles, que lo mismo galopan por los caminos llanos que trepan por las montañas más escarpadas.

Will Rogers es el rival de Tom Mix y de William S. Hart, esos dos «ases» de la película americana que retrata la vida semi-salvaje del Oeste.

Tiene, como ellos, la seguridad en la equitación, esa seguridad que a nosotros los europeos nos asombra y nos asusta, y que nace de la costumbre de domar potros, que tan extendida está en toda la América donde extienden su manto verde las praderas inmensas.

Tiene, como ellos, el gesto franco y noble, de hombre no contaminado por la hipocresía de las ciudades.

Y tiene, sobre ellos, el dominio absoluto del lazo.

Es ésta una habilidad portentosa de Will Rogers, que deja en mantillas a los más afamados *cow-boys* de las praderas de Texas.

El lazo en sus manos es un arma poderosa y un objeto artístico a la vez. Enlazando caballos o toros a todo galope de su corcel, el lazo de Rogers es un aparato temible y de una seguridad matemática.

Jugando con él y haciendo filigranas alrededor de su cuerpo, esa cuerda se transforma en un juguete delicioso, cuyos giros vamos siguiendo con la vista, encantados de tanto primor y tanta elegancia.

El lazo de Will Rogers es como una prolongación de su cuerpo. Es como el bastón de Charlot. Es como el traje cowboyesco de Tom Mix.

Verdad es que, en ocasiones, en el lienzo contemplamos a estos artistas sin sus útiles peculiares. Pero entonces se nos antojan algo incompletos, una cosa así como si a un muñeco que nos es familiar le arrancasen un brazo o una pierna.

Will Rogers tiene esa simpatía extraordinaria de los hombres rudos de las praderas americanas que contemplamos en el cine, como si dijésemos, domesticados, civilizados en una forma tan especial que no pierden su rústica simplicidad.

Es éste, también, un prodigo americano. En cualquiera otra parte del mundo se saca a un hombre de su vivir casi salvaje y se le enseña lo que es la civilización, y ese hombre, al poco tiempo, pierde su naturalidad para transformarse en una parodia ridícula del hombre civilizado.

En América no ocurre esto. Tenemos hombres tan civilizados como William S. Hart, para citar uno de los más conocidos. Ha vivido casi siempre en Nueva York y en todas ocasiones ha demostrado su cariño hacia el Broadway, luminoso y alegre como Montmartre. Ha sido artista de teatro y artista de cine, y esto significa vivir en sociedad, frecuentar los sitios más alegres y más refinados de cada ciudad, rozarse a cada momento con lindas *cocottes* y con bellas artistas.

Pues bien; cuando véis a este hombre admirable representar en la pantalla un papel de *cow-boy*, creéis que en realidad os halláis ante la representación más acabada de la rudeza de los hombres del campo.

Will Rogers, un poco trotamundos, un mucho admirado como artista, bastante acostumbrado a figurar en tablados elegantes, continúa siendo en el lienzo el muchacho ingenuo, para quien no existe otra ambición que la de galopar libremente por los inmensos páramos de América.

UN PERIÓDICO AMÉRICA-
 NO REPRODUCE PALA-
 BRAS DEL ARTISTA, BA-
 JO EL TÍTULO DE «SO-
 LILOQUIO DE WILL RO-
 GERS» : : : : : : :

Dejemos hablar al artista. Dejemos que él mismo, con su buen humor de hombre satisfecho de la vida, nos cuente algunos hechos de su vivir errabundo y aventurero.

Un periódico de Buenos Aires, el *Cine Universal*, bajo el título de «Soliloquio de Will Rogers», publica un artículo, en el que el rey del lazo se dirige personalmente a los lectores.

Queremos reproducir ese artículo ameno, que encaja perfectamente dentro de la índole de nuestra publicación:

«Yo fuí un niño de los campos.

Me crié entre las gentes de rústico talante y difíciles caracteres, entre esos que acarician con la izquierda y sacuden con la derecha, y que lo mismo besan a una vaca que vapulean sin piedad a una mujer porfiada y coqueta.

Mi delirio fué, durante mi adolescencia, vagar por las granjas, colarme en las vaquerías, juguetear con los *cow-boys* y sentirme hombre de «lazo tender» y balazos repartir.

Nací en la tierra india del Costo.

Todavía gateaba y ya sabía domar potros y lanzarme a la carrera a horcajadas en el lomo de un corcel.

Cuando chupaba el pezón de caucho, me ejercitaba en el lazo.

De ahí provino mi peculiar maestría en este ejercicio, que, en mi concepto, es un verdadero arte.

Tanto alcancé a sobresalir en eso de tirar la cuerda, que pronto me dí cuenta de que ésta puede servir para algo más que para ahorcarse, y me decidí a utilizarla para «enlazar» dinero y socorrerme con ella los bolsillos, harto exhaustos.

En efecto; me metí de número exhibible en los cafés, entre una tonadillera y un negrito elegante y zapateador.

Excuso decir que yo y mi lazo constituyábamos el plato de resistencia de cada café concierto...

Con cierto aire de superioridad en la postura, que me ha quedado hasta ahora, me hice «el amo».

De esta suerte recorrió los Estados Unidos para arriba y para abajo, para derecha y para izquierda, empleando en ese tráfago un par de pares de años (total, ocho).

Tuve en todas partes lo que se llama un éxito enorme; porque no sólo manejaba el lazo de un modo sorprendente, sino que mi buen humor resultaba risueñamente comunicativo para el público. Mis epígramas y mi filosofía resultan originalísimos, inimitables.

El hecho fué, que de escenario en escenario, caí en el de un elegantísimo teatro, encajado entre las «Ziegfeld Follies», que es como decir en plena vía láctea.

Aquello me pareció de lo más delicioso que se conoce.

Por supuesto, donde uno se siente bien de estómago, de salud y de lo demás, allí se queda. ¡Y yo me quedé!

Me gustaba muchísimo hacer reír al público y dejarlo pasmado, pero me despatarraba por completo la alegría de las muchachas entre bastidores.

¡Yo era su nene bonito!

Así pasaron cinco años... ¡Cómo chorrea el tiempo!

Aquello hubiese durado toda la vida si no se le ocurrió a Goldwyn interceptarme el contento, proponiéndome una contrata para interpretar el rol de «Bill Hyde».

La tal película fué un éxito felicísimo en todo el sentido de la palabra.

Yo me rendí a la evidencia. Aquel era el camino de Damasco.

Me encajé de pico y patas en la Goldwyn; y todos mis camaradas porfián que les tire el lazo a la celebridad y a la fortuna. Aserto que no he de ser tan tonto de desmentir.

Sepan ustedes que en mi concepto nada mejor hice que mis interpretaciones de «Almost a husband» (Casi un marido), «Júbilo» y «Water, water everywhere» (Agua, agua por todas partes).

Lo último de mi cosecha ha sido «Honest buch» (El cofre del honor).

Bueno, ahora, para que las lectoras no se enamoren tanto de mí sonrisa, confieso que soy casado.

Sí; lo confieso. Y soy, además de marido de mi mujer, padre de mis hijos y de los de ella, que son los mismos, y en número de cuatro.

Por fortuna, sólo uno de los vástagos de nuestro amor es del género de la mamá. Los otros tres han salido al que habla.

No sé si van a tirar el lazo o a interpretar personalidades ajenas o propias.

Pero vayan enterándose de que por ley de herencia, mi Jimmy, con cuatro únicos años registrados por el Censo, hubo de entrenarse hace muy poco en la escena fotomuda-silenciosopictórica, representando un papelito adecuado a su bautismo de fecha, en «The strange boarder» (El extraño pensionista).



Will Rogers

Caricatura de Stres

¡Por señas, que, como buen hijo mío, salió a caballo y tirando el lazo!

Así da gusto ser padre. Lo digo yo.

A mí me gustan dos cosas: mi lazo... y mi lazo. Cuando no estoy ante la cámara, estoy adiestrándome al susodicho, para no perder la costumbre.

Y si quieren divertirse fastidiándome, escribanme a Los Angeles.

Pongo, desde luego, a disposición de ustedes mis caballos y mi superferolítico automóvil.

No pueden ustedes creer que estoy faroleando porque si ustedes han visto «El crimen de medianoche» se habrán convencido de que tengo automóvil, lazo, caballos, hijito parecidísimo a mí en fisonomía y talento... y cualidades para guiñarle el ojo a una barbiana tan linda como Irene Rich.

Yo me contento, en mis interpretaciones, con ser natural.

No me cuesta nada, porque represento tipos que he vivido, ya que fui de origen vaquero y de oficio enlazador y buen hombre.

Tanto es así que las películas protagonizadas por mí han sido incluidas en la «lista blanca»; es decir, la nómina de las obras cinematográficas que, por su excelencia caracterizadora y moralidad, merecen el honor de ser exhibidas en las iglesias (protestantes, por supuesto).

Los feligreses metodistas episcopales son muy partidarios míos; y por eso yo he sido el primer actor, con categoría estelar, que ha conseguido la distinción aludida.»

**COMENTARIOS ALREDEDOR DE LA VIDA DE
WILL ROGERS :: : AMPLIACIÓN DE DATOS :: :**

Hemos dejado, antes que nada, hablar a nuestro hombre, para que él mismo se presentase a los lectores de esta publicación.

Ahora, recogiendo los datos que obran en nuestro poder, hilvánandolos, vamos a tratar de pintar a grandes rasgos la vida de este hombre singular, que habiendo nacido para vaquero ha llegado a escalar uno de los más altos puestos en el cinematógrafo.

Un periódico nos presenta de este modo al simpático Will:

«Nos hallamos ante un tipo genuino del Oeste americano. Will Rogers es la representación de ese tipo de muchacho

bueno y fuerte que recorre, como un moderno centauro, las praderas inmensas, que parecen mares.

Además, es personal, con una recia personalidad que le obliga a abandonar los caminos trillados, para seguir únicamente los mandatos de su temperamento.

Y, por eso, le vemos separarse en absoluto de ese otro tipo de *cow-boy* que contemplamos en las películas, casi siempre atormentado por dolores o por inquietudes.

Y, ni tiene la tristeza de William S. Hart, ni la sombría adustez de Monroe Salisbury, ni la preocupación constante de Eddie Polo o de William Duncan.

Will Rogers ríe siempre, aún en medio de los peligros.

Al verle en la pantalla se observa en él el gesto del hombre satisfecho de la vida, para quien constituye el mayor placer montar a caballo y trazar en el aire círculos gigantescos con su lazo de gaucho.

Una alegría sana, contagiosa, se adivina en su risa franca, en todos sus movimientos, hasta en el galope de su caballo.

Diríase que todo él es como una carcajada que salta sobre la hierba de la pradera, bajo la ruda caricia del sol.

Por eso tiene un encanto tan sugestivo la labor de este artista admirable.

Que nosotros, hombres de ciudad, un poco neurasténicos y un poco agotados, gustamos mucho de ver en la pantalla estos tipos alegres y rudos del campo, que traen hasta nosotros como una ráfaga saludable y optimista."

Como él mismo nos dice, Will Rogers es hijo de un granjero, que tenía algunas posiciones en Oklahoma, del Estado de Indiana.

Muchos años atrás, Rogers (padre), natural de Irlanda y de oficio labrador, abandonó su país donde el hambre empujaba a sus habitantes a la emigración, y llegó a las tierras pródigas de América, esperando encontrar en aquel país un pedacito de tierra que poder labrar a costa de su sudor.

No tardó en hallarlo, y desde el bullicio de Nueva York se trasladó a la paz de las tierras indias, en las cuales todavía escaseaban los blancos, siendo los pieles-rojas los que daban el mayor contingente de población.

Gitche-Manitou, el dios indio de las supremas virtudes, era allí el árbitro a quien todos se dirigían en los momentos de apuro, cuando la tempestad asolaba la tierra o se temía el ataque de una tribu de indios rivales.

Rogers no pudo sustraerse a este ambiente, y a los pocos años de hallarse en aquel territorio, se casó con una joven mestiza, que fué la madre de su hijo Will.

Es por eso que nuestro héroe, Will Rogers lleva sangre india en las venas.

LA INFANCIA DEL ARTISTA
TA : : UNA TOURNÉE POR
LOS ESTADOS UNIDOS

Creció el pequeño Will rodeado de toda esta *mise en scène* rural, sin excesivos cuidados, pero gozando en cambio de una salud a prueba de fríos y tempestades.

En vez de los primorosos juguetes que alegran la existencia de los niños de las ciudades, este hijo de los campos tenía para su diversión preciosos «poneys», en los que montaba a los cuatro años con la maestría de un *cow-boy*, recorriendo a galope los dominios de su padre, grandes extensiones de terreno donde pastaban algunas vacas, no muchas, pues la fortuna de Rogers no era muy importante.

En vez de esas doncellitas deliciosas que cuidan de los niños ricos en los parques de las ciudades, el travieso Will, más afortunado que ellos, disponía de una cohorte de hombres del campo que se entusiasmaban con sus juegos y lo adiestraban, cuando apenas podía andar, en el manejo del lazo y del revólver.

En aquel rancho apartado, escondido en un rincón de la gran república, el pequeño Will era como el hijo de todos.

Para los rudos *cow-boys*, acostumbrados a jugarse la vida a cada momento, en sus luchas diarias con los indios y con los blancos ladrones de ganado, el niño era como un rayo de sol que iluminase sus toscas vidas.

Y todos se disputaban el honor de montarlo en sus caballos. Y todos querían entretenarlo, con entretenimientos un poco ruidosos, como los de disparar sus armas al lado de la cara del chichillo, o entablar entre ellos formidables luchas a puñetazos para que el hijo del patrón soltase la carcajada.

Nosotros suponemos que al principio de su vida, el futuro artista, en medio de aquellos ruídos tremebundos, que para él suplían a los encantos adormecedores de las madres, se creería en una sucursal del infierno.

Pero al cabo de poco tiempo, curtido en la vida ruda del rancho, Will se había acostumbrado a los juegos bruscos de sus amigotes y a la edad en que otros niños empiezan a hilvanar los primeros párrafos de su media lengua encantadora, él asombraba a sus admiradores con su destreza ejemplar para imitar la maestría de los vaqueros de su padre.



Retrato de Will Rogers

LOS GRANDES ACTORES CINEMATOGRÁFICOS



WILL ROGERS en "El crimen de media noche"



Will Rogers, en « El crimen de media noche »

Resultado de esta vida semisalvaje fué que a los dieciseis años, nuestro héroe asombraba a los propios *cow-boys* que lo habían adiestrado, con alardes de fuerza y de agilidad, sobresaliendo en el manejo del lazo, del que llegó a hacerse un maestro consumado.

A esa edad, se convenció él de que nadie podría superarle, ni siquiera igualarle en tan difícil arte, y aconsejado por sus compañeros se presentó como artista del lazo en el café-concierto de la cercana ciudad, donde un público de *cow-boys* esperaba impaciente el momento de juzgarle.

Su éxito fué indescriptible. Entre aquellos hombres para quienes el lazo era como un complemento de su persona, la maestría de Will Rogers en el manejo de la cuerda produjo un entusiasmo loco.

Las cupletistas que alternaban con el público en aquel café fueron olvidadas, y no hubo más que manos que aplaudían al enlazador, con un frenesí de que no tenemos idea en los lujosos cafés de Europa.

Desde aquel día, Will Rogers fué llamado unánimemente el «Rey del lazo», y ante él se abrió un brillante porvenir.

Volvió al rancho, pero ya aquella vida rústica no le agradaba.

En su alma joven había penetrado el gusano de la ambición, y al poco tiempo de estar allí, aconsejado por los mismos vaqueros de su padre, emprendió una *tournée* por las ciudades un poco rurales del sur y del oeste de los Estados Unidos, donde su arte singular tuvo una enorme aceptación.

En esta *tournée* que duró varios meses, no siempre iba solo. De tarde en tarde, en alguna ciudad perdida, encontraba a algún artista de variétés que no hallaba medio de salir de allí, y entonces Will se lo llevaba con él, y gracias a este refuerzo podía ofrecer a los propietarios de cafés un espectáculo más variado.

Vivía por entonces una vida que le seducía y encantaba, que satisfacía su vanidad al mismo tiempo que le daba margen para derrochar su buen humor inagotable.

En todos lados, los vaqueros se lo disputaban, lo llevaban a sus ranchos, lo agasajaban rudamente y le obligaban a tomar parte en torneos de agilidad, en los que siempre Will salía triunfador.

Entonces, el entusiasmo de aquellos hijos del campo, que han hecho una religión del valor y la destreza, se desbordaba. Y Will Rogers ya no era para ellos el artista, el trotamundos a quien las gentes que viven una vida igual miran con un poco de hostilidad, sino que era un igual a ellos en costumbres y en aficiones, pero ungido de una superioridad que todos reconocían, por el prestigio de su arte.

Y Will, viviendo aquella vida amable, no ambicionaba más.



DE REGRESO AL RANCHO
PATERNO : : UN VIAJECI-
TO AL AFRICA DEL SUR

Pero un día, hallándose trabajando en el Yukon, Will Rogers recibió una cara de su padre.

En aquella carta, el autor de sus días le rogaba que volviese al rancho y abandonase su vida andariega que, según él, a nada práctico le conduciría.

Aunque de malísima gana, Will se resignó a cumplir la orden paterna.

Volvió al hogar donde tan feliz había transcurrido su infancia, y allí su padre le enteró de que acababa de firmar una contrata con el ejército inglés para criar caballos en el Africa del Sur.

Como lo más natural era que Will, por más joven y más ágil, tomase a su cargo la dirección del asunto, el viejo lo hizo ir a su lado, para encargarle que se ocupase de tal negocio.

Will era buen hijo y no se permitía discutir los deseos paternos. Por eso, aunque sintiendo en el alma abandonar la vida nómada que había emprendido, se dispuso a complacer a su padre.

Al cabo de poco tiempo embarcaba con rumbo a las tierras ignotas del Africa, y algo después desembarcaba en el Cabo de Buena Esperanza, un poco desorientado por hallarse fuera de su elemento.

Pero no tardó en acostumbrarse a la nueva vida, que tan de lleno entraba en sus aficiones y aptitudes.

Aunque Will no había ido allí más que como director del negocio, llevando a sus órdenes una verdadera tropa de *cow-boys*, su temperamento aventurero no se conformaba con la inactividad.

Y bien pronto abandonó la oficina que le habían instalado, para ir a domar potros como el último de los jinetes que estaban a sus órdenes.

Empezaba a mirar con interés aquella nueva vida, cuando las circunstancias le obligaron a mudar de parecer y a buscar otra vez en el vivir errabundo y aventurero la alegría de la libertad.



EN JOHANNESBURG : : UN
ENCUENTRO INESPERA-
DO : : CIRCO PINTO-
RESCO : : : : : : :

Un día, Will Rogers, por asuntos del negocio, se vió obligado a ir a Johannesburg.

Así lo hizo. Llegó a la ciudad, realizó las gestiones que precisaba y por la noche, libre ya de preocupaciones, fué a pasar un rato agradable en un *music-hall*.

Como si el Destino le llamase al vivir nómada de otro tiempo, el domador de potros vió con asombro entre los números que formaban el espectáculo el de un *cow-boy*, Texan-Jack, que cosechaba las grandes ovaciones realizando proezas de las que privan en las praderas del Oeste.

Will Rogers no pudo contenérselo, y sin consultar a Dios ni al diablo, se presentó en el camerino del artista. Un diálogo se entabló entre los dos hombres.

— Yo soy Will Rogers, a quien en toda América se conoce por el sobrenombre del «Rey del Lazo»...

— Yo también te conozco, muchacho, y varias veces me ha sorprendido tu rara habilidad para manejar la cuerda... ¿Qué haces por estas tierras?

— Estoy dirigiendo en el Africa del Sur un negocio de caballos de mi padre... ²

— ¿De modo que has abandonado tu vida de artista?

— No tuve más remedio. Mi padre se empeñó y no era cosa de desobedecerle.

— Pues yo pienso hacer una *tournée* por toda Europa, presentando nuestras costumbres del Oeste. Ya puedes figurarte lo valiosa que me sería tu compañía...

— Me es imposible abandonar el negocio...

— Eso no tiene importancia. Dejas al frente de él a un hombre de tu confianza, y ni tu padre mismo se enterará.

La proposición era demasiado tentadora para que Will la despreciasse. Su espíritu aventurero hallaba grandes alicientes en esta salida que le permitiría conocer las ciudades de Europa, que para él tenían un prestigio de leyenda y de misterio.

Conforme habían acordado, un hombre de confianza de Rogers quedó al frente del negocio de caballos, mientras el «Rey del lazo»

Con esto llegó a hacerse popularísimo en Nueva York.

Un buen día, atraído por esa popularidad, se presentó en el music-hall el famoso novelista cinematográfico Rex Beach, una de las mayores personalidades de la manufactura Goldwyn.

Pero antes de pasar adelante, vamos a presentar, con palabras de un periodista americano a este novelista, que tanto influyó en la suerte y en la fortuna de Will Rogers.

He aquí lo que nos dice el citado periodista:

...—No creo ser un perito en la materia — me dijo Rex Beach—. Pero la verdad es que veo poca diferencia entre el escribir una novela y hacer un argumento cinematográfico.

Niego rotundamente, a pesar de las opiniones en contrario, que el arma principal de un literato sea el uso de la palabra, es decir, la parte meramente literaria.

El argumento en sí es algo esencial y a lo que debe darse preferencia.

Después de estudiar con cuidado las eliminaciones que hay que hacer para que el tema entre en determinado número de metros de película, el autor no debe temer las mutilaciones o cambios del director de la cinta.

— ¿Qué otro detalle merece especial atención a juicio de usted?

— El ambiente, las decoraciones... el escenario, vamos. Y eso es fácil de suministrar.

Lo realmente difícil en el desarrollo de un asunto destinado al lienzo es la «continuidad».

Esa es la piedra de toque de los argumentos cinematográficos y el obtener tal conocimiento es labor de mucho estudio y experiencia.

Pensando en las obras que Rex Beach ha llevado a la pantalla, no pude eximirme de examinar detenidamente al hombre en sí y de imaginar la clase de personajes que, por afición natural y por instinto, debe gustar de poner en sus novelas y películas.

Su magna estatura, sus poderosas espaldas, el brillo de sus ojos, la fuerte curva de la mandíbula y el aire resuelto y fornido del famoso autor denunciaban su debilidad por los caracteres fuertes, vivos, de grandes pasiones y grandes sacrificios, rudos de cuerpo y alma."

Este hombre fuerte y vigoroso fué el que, viendo trabajar a Will Rogers, comprendió en seguida que en el artista del lazo tendría un aliado inimitable para llevar al lienzo sus producciones.

Aquella misma noche, el novelista le preguntó al *cow-boy*.

— ¿Le gustaría a usted trabajar para el cinematógrafo?

→ No sé... nunca me ha pasado por la imaginación El cine, me parece una cosa para niños...

— Se equivoca usted, amigo. El cine, hoy, es un arte, que puede competir dignamente con el teatro. Si le interesa probar sus ap-

titudes en ese arte, venga a verme mañana a mi despacho de la Goldwyn.

Dejó el novelista su tarjeta y se despidió.

Al día siguiente, Will Rogers se presentó en la manufactura mencionada. De allí salió para pedir permiso en el «Ziegfeld-Follies», con objeto de poder trabajar ante la cámara en un par de películas cómicas.

Gustó la prueba a Rex Beach y a los directores de la Goldwyn, y Rogers no volvió ya al music-hall. Firmó un contrato para dicha manufactura y allí impresionó todas esas películas admirables que nuestros lectores conocerán y que antes hemos mencionado.

En la actualidad, con un capitalito bastante importante, debido a su trabajo continuo ante la cámara, con categoría de «estrella», Rogers trabaja por su propia cuenta y se embolsa los beneficios que de otro modo pertenecerían a los propietarios de una manufactura determinada.

Su única preocupación consiste en crear una fortuna cuantiosa para que sus cuatro hijos puedan ser unos señores heredados en las tierras del Oeste, las cuales recorrerán a caballo, manejando el lazo por *sport*, con esa maestría singular que dió la fortuna a su padre.

LAS AFICIONES DE WILL
ROGERS : : EL AUTO,
LOS CABALLOS Y EL
HOGAR : : : : : : : :

Para terminar este libro, vamos a contar a nuestros lectores cuáles son las aficiones que caracterizan al simpático Will Rogers.

Sin seguir la costumbre, tan extendida en Los Angeles, entre los artistas cinematográficos, de vivir una vida suntuosa y espléndida, siempre frecuentando los grandes centros de diversión de la ciudad cinematográfica, Rogers, prefiere recluirse en su hogar, gustar la vida de familia, en la magnífica finca que posee en los alrededores de Los Angeles.

A menudo se le ve pasearse en automóvil o en caballo por las amplias avenidas de la ciudad, y cuando llega la primavera y el trabajo no lo retiene cerca del estudio, Will prefiere abandonar los

círculos cinematográficos para ir a vivir en el campo la vida rural en toda su sencillez y su rústica simplicidad.

Y en sus vastos dominios de Oklahoma, donde él prosigue el negocio de ganado iniciado por su padre, el artista se siente en su elemento galopando por aquellas praderas interminables y viendo cómo sus hijos crecen sanos y fuertes, acariciados de continuo por la mano cálida del Padre Sol.

No es deportista Will ni quiere serlo. ¿Para qué mayor deporte que el que realiza a diario con su lazo, cabalgando sobre los lomos de su caballa pinto?





TRAS LA PANTALLA

Galería de Artistas Cinematográficos

SE VENDE EN TODA ESPAÑA, BALEARES, PORTUGAL, ÁFRICA (POSESIONES ESPAÑOLAS) Y EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 cént.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.^a edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.^a edición. — N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.^a edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.^a edición. — N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.^a edición. — N.º 7 Pearl White, 2.^a edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 María Walcamp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. — N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S. Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore. — N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick. — N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12'50 pts.

- | | |
|-----------------------|---------------------------|
| N.º 32 Antonio Moreno | > 45 Grace Cunard |
| > 33 Huguette Duflos | > 46 Jack Pickford |
| > 34 Leon Mathot | > 47 Alla Nazimova |
| > 35 Henny Porten | > 48 Ossi Oswaldo |
| > 36 Tom Mix | > 49 «Maciste» |
| > 37 Carol Holloway | > 50 Priscilla Dean |
| > 38 Tullio Carminati | > 51 Jack Dempsey |
| > 39 Geraldine Farrar | > 52 Mary Miles Minter |
| > 40 Frank Mayo | > 53 Georges Carpentier |
| > 41 María Jacobini | > 54 Alice Brady |
| > 42 Harry Carey | > 55 F. Ford (Conde Hugo) |
| > 43 Ruth Roland | > 56 Klara Kimball Young |
| > 44 Monroe Salisbury | > 57 Constance Talmadge |

SE HA PUESTO A LA VENTA EL
ALMANAQUE
DE
“TRAS LA PANTALLA”

Para 1922 :: Precio: 65 céntimos

S U M A R I O :

Santoral del 1.er semestre del año. Composición en viñetas.

Al público. Ojeada retrospectiva y propósitos para lo venidero de "Publicaciones Cosmos".

El año cinematográfico. Estudio de las películas más importantes estrenadas durante el año 1921—Ilustrado con grabados de escenas y retratos de los principales intérpretes.

Los estudios cinematográficos. Relación interesante de la forma en que confeccionan las películas las manufaturas más importantes del mundo. Ilustrado con vistas de interiores y exteriores de las mismas.

Los artistas españoles y el cine. Datos críticos de los actores Ernesto Vilches, Margarita Xirgu, Enrique Borrás, Irene López de Heredia, Ricardo Calvo, Raquel Meller y Francisco Morano. Ilustrado con escenas y retratos.

Una carta de Antonio Moreno. Epístola dirigida a "Tras la Pantalla".

Una intervención del gran artista. Biografía de Antonio Moreno, escrita por su secretario particular y especialmente para ser publicada en "Tras la Pantalla". Ilustrada con profusión de grabados de escenas y retratos de sus mejores producciones.

Los artistas de la pantalla en la intimidad. Ilustrado con fotografías indicadas al objeto.

Santoral del 2.º semestre del año. Composición en viñetas.

La moda entre las estrellas de la pantalla. Disquisiciones sobre la manera de interesar en público y en privado de las más elegantes artistas del lienzo, con ilustraciones de las últimas creaciones de la moda.

Los reyes de la risa. Estudio comparativo de todos los artistas cómicos desde Max Linder a Biscot. Ilustrado con interesantes grabados de los mismos.

**Este Almanaque es un documento muy interesante
para todos los aficionados al arte cinematográfico**